



En su libro «Del leninismo al stalinismo», Ignacio Sotelo distingue entre la fase leninista de la Revolución soviética y el periodo de control autocrático protagonizado por Stalin. El abismo que separa a uno y otro dirigente radica en la cuestión del capitalismo de Estado.

Leninismo y stalinismo

Valentín Medel Ortega

LA actual crisis por la que atraviesa el capitalismo pone de rabiosa actualidad estudios como el de **Ignacio Sotelo** (1) sobre el modelo alternativo que tradicionalmente ha sido ofrecido por la izquierda y que consistía, como es obvio, en la implantación de la patria socialista según el único modelo existente, el de la U. R. S. S., aunque con todas las matizaciones lógicas.

(1) **Ignacio Sotelo**: «Del leninismo al stalinismo». Ed. Tecnos. Madrid, 1976.

Sin embargo, este trabajo se incluye dentro de una poderosa corriente que ya no sólo ha superado el deseo, lógico por otra parte en su contexto, de implantar un determinado modelo organizativo, que se aceptaba sin más por el solo hecho de haber sido la respuesta «socialista» en un momento y en un país determinado, sino que incluso lleva a plantearse una cuestión de suma importancia: ¿El sistema político instaurado en la U. R. S. S. es un sistema socialista? y, en el caso de que la respuesta sea negativa, ¿a qué se debe?

Esta es la línea que sigue Sotelo en su estudio para lo cual arranca de la «realidad» sociopolítica de la Rusia zarista, en una confrontación dialéctica con aquellos postulados que el marxismo considera básicos para que se pueda dar el paso del capitalismo al socialismo.

Evidentemente, una versión academicista del marxismo señalaría la imposibilidad de pasar al socialismo antes de que el capitalismo hubiera llegado a desarrollar en su seno sus últimas contradicciones; es decir, hasta que la dicotomía entre las relaciones de producción y el modo de producción produjera una brecha insalvable, con lo cual el papel del proletariado —y sobre todo de su vanguardia organizada (el Partido)— tendría un valor insignificante, ya que estaría en función del proceso de socialización de la producción, proceso que vendría marcado por las necesidades de la burguesía.

Para contestar a esta pregunta, mejor dicho, para enfrentarnos con las distintas respuestas que se han dado al cambio ocurrido en Rusia desde 1917, el autor nos va presentando las distintas variables que han contribuido a formar la realidad que se nos ofrece.

La primera peculiaridad del proceso ruso consiste en tener que aplicar a una sociedad subdesarrollada y con un fuerte predominio campesino unos esquemas que habían sido elaborados tomando como ejemplo una sociedad, como la inglesa, en la que el desarrollo del capitalismo (y de su contrario, el proletariado) permitía intuir en qué dirección iba a resolverse el enfrentamiento.

Sin embargo, en Rusia nos encontramos con una sociedad precapitalista en la que se encuentra instalada una «intelligentsia» con tendencias «blanquistas» y que lleva a que predominen las corrientes populistas, partidarias de un socialismo original de tipo agrario. La adaptación del marxismo a una sociedad agraria, con un capitalismo incipiente y dependiente, es obra indiscutible de Lenin, lo que llevó a Deutscher a definir **el leninismo** como la especificación del marxismo a las condiciones particulares del subdesarrollo.

En efecto, Lenin resuelve la contradicción entre la «intelligentsia» terrorista que acabamos de ver y un incipiente proletariado que por sí sólo se agotaba en un sindicalismo reformista, según el modelo de la socialdemocracia. Como señala Sotelo, para Lenin el sujeto de la Revolución ni es el proletariado ni es la «intelligentsia», sino la fusión de ambos en el Partido. El Partido será desde el III Congreso (primero que se celebra sin el ala menchevique) el nú-

cleo que se preparará, de una forma profesional, para hacer caer sobre sus hombros la responsabilidad, primero de organizar y más tarde de recibir el control del Estado para la clase que representa. Es decir, el Partido constata que sólo la fracción más avanzada del proletariado, en nombre del socialismo y desde la perspectiva socialista que le es inherente, está dispuesta a ponerse al frente de un proceso revolucionario, que en un país predominantemente agrícola no podía tener más que un carácter pequeño-burgués.

La Revolución de febrero y la existencia de un doble poder (soviets-gobierno provisional), es decir, el vacío de poder que se produce en Rusia al negarse tanto los soviets como los mencheviques y populistas a llenarlo, llevan a Lenin a constatar la ausencia de una burguesía que propulse su propia revolución, y también a formular las «tesis de abril», cuyo correcto planteamiento permitiría el éxito de la Revolución de Octubre.

No obstante, aquí radica el auténtico problema no sólo para la URSS, sino para toda la izquierda marxista, sobre todo europea. ¿El nuevo Estado es un Estado socialista? Para Sotelo parece claro que no, pero también está claro que no es un Estado capitalista. Si, como el autor señala, lo que se da no es socialismo, habrá que preguntarse si es un régimen de



Para entender plenamente el significado de la Revolución de Octubre, es preciso arrancar de la realidad sociopolítica de la Rusia zarista, caracterizada por la más brutal de las injusticias y por una total diferencia de clases. (En la foto, Nicolás II y la zarina.)

transición del capitalismo al socialismo o si, por el contrario, ha dado lugar a la creación de una nueva formación social, no prevista por Marx, y que podríamos denominar burocratismo. Sotelo no se conforma con este planteamiento y nos lleva a buscar las causas por

poder, se descubre como una organización perfectamente eficaz, aunque en sentido no-tario al que deseó Lenin. Es decir, la dictadura ya no la ejercerá el Partido (en nombre del proletariado) sino la burocracia del mismo a través de su Secretario General.



las que nos encontramos con este interrogante, pero al precio de plantearnos uno nuevo, como es el de descubrir si la no realización del socialismo se debe a factores exógenos a la propia revolución (como pueden ser el predominio agrario, la falta del ciclo revolucionario previsto, etc.), o a factores endógenos, como podrían ser la propia organización del Partido o la actuación de ciertos líderes que han falseado el proceso.

Para Sotelo, el desarrollo de la Revolución ha seguido el único curso que podía seguir: ante la falta de una industria y un proletariado fuerte y mayoritario, los primeros objetivos alcanza por el Partido, una vez superada la fase de «comunismo de guerra», tenderán a forzar la industrialización y habrán de pactar con las únicas fuerzas capaces de lograrlo, el campesinado medio (mediante la NEP), que produzca excedentes con qué alimentar a la población urbana, y la burocracia del antiguo régimen, única con los conocimientos suficientes para poner en marcha la compleja máquina técnica y administrativa. Ante las reacciones que esto provoca entre los viejos revolucionarios, el Partido, organizado militarmente para la etapa previa de la toma del

Sin embargo y como es lógico, Sotelo distingue entre la fase leninista y el período de **control autocrático de Stalin**. Para Lenin está clara en 1917 la dificultad que conlleva la toma del poder y la construcción del socialismo en Rusia, pero cuenta para su éxito con el cumplimiento de tres premisas: la fragilidad de la situación política, el inicio de un ciclo revolucionario en Europa y, por último, la existencia de los soviets como organización obrera capaz de destruir el aparato estatal burgués. Ante el fallo de los dos últimos supuestos, en 1921 Lenin se planteará la necesidad de ir a la construcción del socialismo mediante la nueva organización económica impuesta, es decir, el capitalismo de Estado. Aquí es donde el autor señala el abismo que separa a Lenin de Stalin. Mientras que para el primero lo existente no pasa de ser un «Estado de control obrero» que debe avanzar hacia el socialismo, Stalin da por supuesto que el capitalismo de Estado **ya es socialismo** y, para imponer su teoría, se ayuda de dos elementos (independientes del terror, al que llegaría más tarde): por un lado, señala que si los medios de producción no son propiedad de particulares y son del Estado, que **ya es** representación de la



La primera peculiaridad del proceso ruso consiste en tener que aplicar a una sociedad subdesarrollada y con fuerte predominio agrícola unos esquemas que habían sido elaborados para una colectividad —como Inglaterra— de mucho mayor desarrollo capitalista. (Las imágenes muestran el éxodo campesino de 1917 y el descanso de unos soldados revolucionarios.)

clase obrera, eso ya es socialismo (en esta línea, el desconocimiento del marxismo que le era manifiesto, le lleva a no alcanzar la distinción, muy clara en Marx, entre propiedad jurídica y propiedad real). Por otro lado y para impedir la oposición a su planteamiento, a partir de la muerte de Lenin se **canoniza** a éste por medio de dos mecanismos: uno, impidiendo cualquier crítica, extremo que no se había dado en vida de aquél ya que las discrepancias habían sido numerosas; y otro, aprovechando una selección de textos de la amplia producción literaria de Lenin quien, como buen marxista, había ido adaptando la teoría a la realidad cambiante que se había impuesto en cada momento. A partir de Stalin, se invierte el proceso: la realidad habrá que adaptarla a la teoría. Así, en la polémica con Trotsky, el único capaz de haber cambiado el rumbo de los acontecimientos Stalin se arrogará la auténtica interpretación del nuevo marxismo-leninismo, acusándole de representar intereses aparentemente ultraizquierdistas pero realmente pequeño-burgueses.

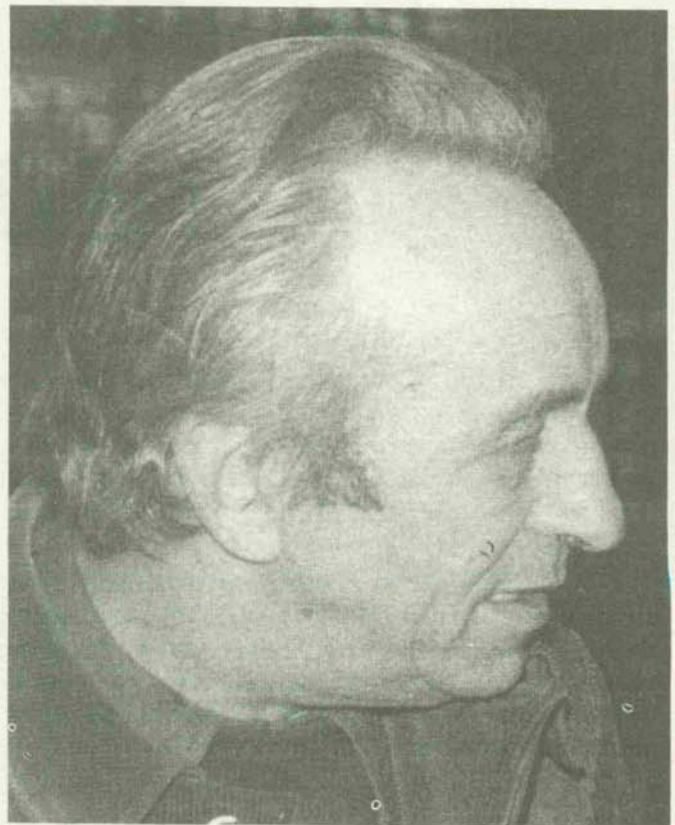
En definitiva, Sotelo analiza y rechaza las distintas explicaciones «críticas» que se dan sobre el carácter del nuevo Estado: Hofman, sociedad socialista pero deformada; Rosem-

berg, capitalismo de Estado; Trotsky, degeneración burocrática de la época de transición; y en las que todos tienen en común el aceptar como socialismo lo existente en la URSS.

Para Sotelo, no es socialismo ni capitalismo, sino una nueva formación social, con lo que pone en cuestión que la única alternativa al capitalismo sea el socialismo. Afirmación que, independientemente de coincidir con las teorías americanas de la Revolución de los «Managers», necesitaría un desarrollo más amplio que el dado por el autor (le dedica sólo 5 páginas). Entiendo también que ello está en contradicción con todos los supuestos mantenidos en la obra, ya que si intenta demostrar que el socialismo ruso no es tal, porque no es superación sino creación de un tipo de «capitalismo», parece evidente que no puede ser presentado como etapa superadora de sí mismo.

En definitiva, la obra puede ayudar en la búsqueda de los caminos para llegar a la implantación de un socialismo que sea, como señala Althusser, no sólo la no negación de las libertades formales burguesas, sino su superación cuantitativa y cualitativa. Es decir, no se trata de negar las libertades formales burguesas, sino de quitarlas ese carácter de «formales». ■

V. M. O.



Como ha señalado Althusser —en la foto—, la implantación del socialismo no consiste sólo en la no negación de las libertades formales burguesas, sino en su verdadera superación cuantitativa y cualitativa, despojándolas de ese atributo de «formales».